



"El Evangelio según San Jaime"

Por IGNACIO VALENTE

No soy crítico de teatro; pero, atraído por un interés literario a la vez que religioso, acudí el miércoles al ensayo de "El Evangelio según San Jaime", de Jaime Silva.

Habiendo leído antes el texto, iba preparado a sentir la más cruda de las indignaciones: la que viene de ver limitado lo que uno adora como sacro con desparpajo clínico, con ligeros escepticismos, con búsqueda trascendente, con bajos en suena. Imaginaba en mí una reacción violenta frente a ese Dios Padre pintado como un huido entre ladrones y diabólicos; frente a un Jesucristo descrito como galán rebelde que muere de toda fe religiosa y predica el infantilismo populista de signo colectivista; a la Magdalena como una prostituta en continuo ejercicio antes y después de la conversión; a San José como un pobre diablo torpe y estúpido; a San Juan como un doncel de implicaciones homosexuales y, en fin, frente a la historia evangélica entera desarrollada como una parodia de pesimo mistic y de tradiciones verdaderamente clásicas. Todo eso preveía.

Pues bien; he de confesar que los reflejos no me funcionaron. Tan bien dispuesto como fui a la crítica, ésta no se produjo.

Durante la representación estubo sólo la frialdad de una conciencia inalterable. Espanto tan silenciosa sepamos al Cristo de los Evangelios de ese libro pseudo-popular, y a su cortejo de discípulos de esa anodina compañía, que no hubo posibilidad alguna de reconocimiento de esa relación sentida que hubiera provocado la protesta o el asco. La caricatura, para chocar, debe guardar alguna semejanza con el original. Ese muchacho bueno que ejerce de don Jesucristo, un poco Gregory Peck en película de cowboys y un poco Juan Verdugo en poema Rosalía, tiene tanto del Cristo evangélico como de Napoleón o de Marco Polo. Era como si se hubieran tomado los nombres bíblicos, sólo los nombres y algunas características accidentales, para protagonizar una historia del todo diversa, una historia político-sexual y pseudo-folclórica desarrollada sin vuelos, sin transcendencia, infinitamente ajena a la realidad bíblica.

Este moderno evangelista pretendió una presentación actual, popular y libre de la historia sagrada, un poco a la manera de los misterios medievales, de los autos sacramentales y de las representaciones folclóricas de todos los tiempos. Era —se me dijo— como si en un pueblo agreste de la tierra chilena, después de profetizar una misión, los campesinos hubieran querido escenificar el relato bíblico a su manera, naturalmente que sin rigor, mezclando lo divino y lo humano, entredando la historia original con sus propias teorías psicológicas, religiosas, fantásticas...

Y bien, la comparación me gusta. Sólo que —puedo a cambiar o confundir cosas— introducí en ella una pequeña alteración, que la hace más fiel

a la realidad de la piana. Me imagino "El Evangelio según San Jaime" como el ensaño teatral que, tras haber sido militeados, hubieran discurrido los habitantes de un lugar no precisamente agreste y popular, sino más un hospital psiquiátrico y más un prostíbulo. Esta comparación sí que me satisface. Imagina una a los alienados y a las prostitutas representando a su peculiar manera la historia sagrada, mezclando con toda autenticidad los elementos originales del Evangelio y sus propias traumas y obsesiones, por lo demás sin siquiera mucha profundidad, sin mayor interés clínico o sociológico, solamente al primo ligero de sus hábitos y rutinas cotidianas.

Pues, por mucho que Dios Padre se vista de huido con espaldas o de peirón incógnito al interior, y el Arcángel Gabriel de galán falto, y San José de alívano de las chaquetas, etc., habría que explicar de qué entraña folclórica viene ese maniqueísmo de fondo que enfrenta al Padre con el Hijo —al cielo con la tierra— como al malo y al bueno de la película, con la oposición gnóstica de las tinieblas y la luz, en pinoceladas de brocha gorda. De acuerdo que la mentalidad popular puede simplificar un tanto las cosas, o incluso sostituir como excusa la justicia de Dios Padre y oponerla a la misericordia del Hijo. Pero ese tratamiento de Dios Padre como el malo, el enajenado, el brujo, el autoritario, el aliado de los fariseos, de la muerte, de los vicios explotadores, de los poderosos y del propio demonio en diabólico contrabando político, eso es algo más que simplista popular. Cuando, a lo largo de toda la piana, una obsesión edípica de resentimiento frente a la esfera paterna y a todo lo que está puesto bajo el signo del padre, autoridad, ley, orden. Y eso no es popular: es clínico. El verdadero y subterráneo repertorio de papales es este: lo edípico-paternal-superior es malo; lo falso-interior-terrestre es bueno.

Pues, si el edípico Padre de este "evangelio" es una curiosa y alienada deidad, su Jesucristo —este personaje de última folclórica— tampoco le hace mejor como divinidad. Lo cual se explica bien, porque la esfera de la Divinidad en esta piana está ya ocupada por otro Dios, el diosélico que hace de protagonista central en todo momento: el Palo. La obsesión folclórica más permanente invade todas las escenas importantes de la historia. El pecado original es ocasión para glorificar lo que Adán y Eva tienen "entre las piernas", expresión que ronda como un estribillo al evangelista. Los anuncios proféticos de Salomón Gacón Igar, otra vez, entre las piernas. La Anunciación a María es la penetración de un ángel-gallo absolutamente falco en sus locones, movimientos y presentación plástica. El demonio, la muerte, las venas, todos están desde la creación del mundo como medio en época de calor. La alegoría de los pecados se vale de tres personajes —el chico, la chica y la zorra de tres sintos— traídos con

glorias y movimientos de nuevo falcos. De la Magdalena busiga comentarios, pues en la minutísima acción del libro se dedica a hacer las linduras de siempre con San Juan. Y así.

¿Parodia popular, arte folclórico? Todo esto sólo es "popular" a condición de que el pueblo en cuestión sea el pueblo habitante de un lapararclismo, la clientela edípica y falca de un hospital moderno.

Yo no soy fácil de escandalizar. En días recientes celebraba expresiones poéticas que pasan por blasfemias, adviniendo en su interior una honda herida religiosa. Dado es otra cosa: es todo lo contrario. Aquí el resorte religioso —o el de cualquier transcendencia— está vencido; el resorte poético también. Sólo está vivo el resorte ideológico-sexual, que funciona con mecánica banalidad, como ocurre siempre que la religión y el misterio —de Dios, del hombre, de cualquier cosa— se ciegan. Pues no hay un sólo momento de grandeza o de profundidad en todo este "evangelio". Ni un resqueño por donde el sainete pueda abrirse a dimensiones últimas o trascendentes invisibles. Tampoco hay dramatismo, conflicto, tensión antagónica. No podría haberla, pues las fuerzas que chocan en el Evangelio original —los poderes divinos de Jesucristo, los poderes anárquicos del mundo— están transfiguradas, distorsionadas, traducidas a fuerzas epidémicas y anodinas de las que ningún dramatismo puede esperarse.

Tampoco se perciben acentos populares en esta simplificación. Pueblo era la multitud que iba a Jesucristo hablar de su Padre Dios; pueblo es el que ha expresado, a lo largo de los siglos, en lenguajes multiformes la adoración de Jesucristo como Dios y Hombre. Aquí no hay pueblo. Las escenas que se perciben son muy otras: son escenas de salón, de burguesía, de lujoso carro, de sanatorio para enfermedades mentales de lujo.

El autor puede estar en su derecho al imaginar fantasmas falcos o edípico-sociales. Pero que no use para ellas los nombres de la historia sagrada, ni el nombre del pueblo. Pues a él tampoco le complacería que ciertos indios se representaran con personajes a quienes se pusiera el nombre de su madre, su padre y toda su parentela.

La obra no tiene otro impacto que ese alívano de nombres y esa tranquilidad. La calidad de su verso, de su montaje, de su folclor, de su aire popular se desvanece sin el apoyo de lo voluntariamente chocante, de la distorsión religiosa, de la obsesión sexual. Preferiría no ocuparme de este "evangelio", puesto que por razones literarias el silencio y el olvido serán lo natural. Pero, habiéndolo leído ciertas realidades que creo y adoro como sagradas, no quiero callar. Por más que deba hablar desde una discrepancia incorporada para el caso: no desde la esfera que yo mismo hubiera preferido, sino desde la frialdad distante que fue todo cuando esta superchería según San Jaime comenzó a producirse.

"El evangelio según San Jaime" [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El evangelio según San Jaime" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile